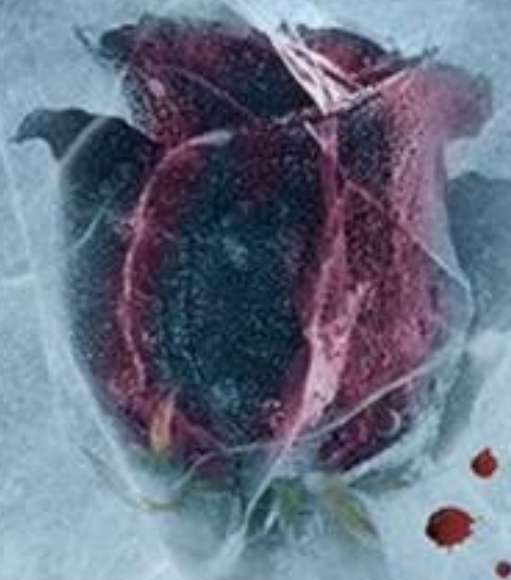


Por la autora del *bestseller* internacional
El Jardín de las Mariposas

DOT HUTCHISON



L A S
R O S A S
D E M A Y O

En una antigua iglesia ha aparecido una joven con el cuello cercenado y el cuerpo rodeado de hermosas flores. Un retorcido ritual de violencia, belleza y castidad que el asesino cumple cada invierno con escalofriante puntualidad. La hermana de Priya fue una de esas víctimas y, desde entonces, ella y su madre viven condenadas a cambiar de ciudad constantemente: cuando se mudan a un nuevo lugar con la esperanza de poder empezar de cero, la llegada de un misterioso arreglo floral aparece como un mal presagio, recordándoles que la muerte las acecha y que Priya podría ser la siguiente víctima. Tras resolver el caso de El Jardín de las Mariposas, los detectives del FBI saben que deben emprender una desesperada carrera contra reloj para descubrir al asesino antes de que sea demasiado tarde y, aunque en ello Priya arriesgue su propia vida, es la única oportunidad para conseguirlo.

Para las chicas peligrosas con sonrisas afiladas.

Su nombre es Darla Jean Carmichael y es tu primera.

Pero claro que eso aún no lo sabes.

Lo que sabes en este bello día de primavera es que parece que hasta el mismo Dios hizo su mayor esfuerzo para que ella se viera más hermosa. Es pura belleza inocente, sin artificios ni vanidad; por eso la amas tanto. El brillante cabello rubio le cae sobre la espalda en pesadas ondas y una vez más trae su anticuado vestido blanco de verano, con todo y los guantes de encaje y el sombrero tejido. ¿Habías visto alguna vez algo tan inmaculado? ¿Algo tan puro?

Hoy hasta la naturaleza está de acuerdo contigo. El pasto que bordea el camino solitario y polvoso que lleva a la iglesia está lleno de narcisos, todos amarillos y blancos, como si no pudieran pedir nada más que hacerle juego a Darla Jean. Incluso las margaritas silvestres son amarillas y blancas, aunque la mayoría de los años hay pálidos listones de lavanda recorriendo el campo.

Este año solo existe Darla Jean.

Salvo que... no es solo Darla Jean.

Su mano está enlazada al brazo de un joven, descansa en el hueco de su codo como si ese fuera su lugar, pero no es así. Su mano no debería estar ahí porque ese hombre no eres tú. Darla Jean es tuya.

Siempre ha sido tuya.

Nunca ha necesitado que se lo digas; siempre lo ha sabido, como debe de ser, porque ustedes dos están destinados a estar juntos, sin importar lo que dirían los demás si se enteraran.

Enfurecido y con el corazón roto, los sigues hasta la pequeña iglesia de ladrillo, posada frente a una explosión de

árboles en flor tan impresionante que parece como si todo aquello fuera un bordado. De algún modo, pese a la tormenta de emociones que retumba en tus oídos a cada latido, notas otras cosas. En su mano libre el joven lleva la canasta de postres que la madre de Darla Jean le pidió que llevara a la iglesia, cada uno de ellos envuelto individualmente para su venta porque la iglesia necesita un nuevo techo antes de que comiencen las tormentas.

El hombre se recarga en ella cada que la chica ríe.

Y ríe mucho.

Pero ese sonido es tan tuyo como el resto de ella, ¿cómo se atreve a compartirlo con alguien más? Esa risa siempre te ha traído calma, te ha alejado de la ira que siempre está demasiado próxima a la superficie. Ahora, cada que la escuchas —aguda y suave, como las campanillas del porche trasero—, sientes un dolor agudo en el pecho, un eco punzante en tu cráneo.

Entran juntos a la iglesia y te toma un par de minutos encontrar una ventana que te permita verlos claramente, sin que ellos puedan notar tu presencia. Ella no tendría que enterarse de que estás ahí para saber que debe guardarte respeto, para saber cómo comportarse. El interior de la iglesia está en penumbras, lleno de sombras y restos de sol, así que no te das cuenta de inmediato de lo que ocurre.

Y entonces te das cuenta.

No ves más que sangre.

Él la besa, o ella lo está besando; sus rostros se juntan y el resto de ellos permanece a treinta centímetros de distancia. Puede que sea el primer beso del tipo.

Sabes que es el primero para ella.

Ese primer beso que debía ser tuyo, que esperaste durante todos estos años. Pero preferiste cuidarla, sabiendo que era demasiado pura, demasiado inocente para ser mancillada de esa manera.

Era demasiado pura. Era demasiado inocente.

Desciendes por el muro exterior de la iglesia y los ladrillos, duros y ásperos, arañan y rasgan tu ropa. Tiemblas, quizás estás llorando. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo hacerse algo así a ella misma, hacértelo a ti?

¿Cómo permitió que la ensuciaran?

Ahora ya no vale nada, igual que todas las otras zorras que andan por el mundo, esas que se la pasan luciendo sus cuerpos y sus sonrisas y sus ojos crueles y sagaces. A ella la hubieras adorado hasta el final de tu vida.

Pero la amas. ¿Cómo podrías no hacerlo, aun ahora? La amas lo suficiente para salvarla, aunque la tengas que salvar de sí misma.

Escuchas que el muchacho se va con una disculpa atropellada entre sus labios; tiene que ayudar a sus hermanos en algo. Escuchas que el pastor saluda a Darla Jean de buena gana. Le dice que tiene que ir deprisa al pueblo a comprar vasos para la limonada. ¿Estará bien si se queda sola? Claro que sí. Ha crecido en esta iglesia. Siempre ha sido un lugar seguro. Ella no puede imaginarse un mundo en el que eso no sea cierto. Mientras observas al pastor alejarse por el sendero, cada vez más y más lejos, escuchas que ella comienza a cantar.

Sus canciones también son tuyas, y ahora no hay nadie más para escucharlas.

Te saluda con una sonrisa, ríe con un brillo en sus ojos cuando entras. No podrías decir que su mirada es ingenua. Ya no. No ahora que perdió su inocencia. Su sonrisa mengua conforme te le acercas.

Se atreve a preguntarte qué pasa.

Sabes que no tienes mucho tiempo —son unos tres kilómetros al pueblo y el pastor va y viene con frecuencia—, pero será suficiente para mostrarle qué pasa. Se lo muestras todo.

Le prometiste que siempre estarían juntos, que siempre estarías ahí para ella. Le prometiste el mundo.

Ella lo despreció.

Todo esto es su culpa.

Te vas corriendo, ardes por el dolor y la traición.

Darla Jean se queda atrás, tendida sobre la piedra, con su vestido blanco hecho jirones que absorben el charco rojo. Los narcisos que recogiste para ella —esos que eran un regalo, y mira lo que hizo con ellos— yacen regados a su alrededor. Tiene los ojos vacíos abiertos de par en par, con un dejo de confusión. Dejaste en su rostro una sonrisa retorcida que puede compartir con el mundo si se le da la gana.

Ya no puede reír, ya no puede cantar, ya no puede arruinar lo que es tuyo.

Ya no puede hacer nada más. Quizá no quisiste hacerlo. Quizás el cuchillo de caza se resbaló en tu mano y se hundió demasiado profundo. Quizás olvidaste que hay tanta sangre cerca de la superficie. Quizás hiciste exactamente lo que querías.

Después de todo, solo es una zorra más.

Ahora Darla Jean está muerta.

No sabías que sería tu primera.

Y aún no lo sabes, pero tampoco será la última.

FEBRERO

Si se deja desatendido, el trabajo de oficina se multiplica exponencialmente, como los conejos o los ganchos para la ropa. Mientras mira con mala cara las nuevas pilas de papeles sobre su escritorio, el agente especial Brandon Eddison no puede evitar preguntarse cómo se verían si les prendiera fuego. No sería difícil. Tan solo raspar un cerillo, accionar un encendedor, el borde de una o dos páginas en medio para que las llamas corran bien y al parejo, y así todos los papeles desaparecerían.

—Si les prendes fuego, simplemente volverán a imprimirlos y tendrás que encargarte de ellos más los del reporte de incendio —dice una voz burlona a su derecha.

—Cállate, Ramírez —responde él con un suspiro.

Mercedes Ramírez, su colega y amiga, simplemente vuelve a reírse y se recarga en su silla, estirándose hasta formar una línea larga y ligeramente curva. Su silla rechina a manera de reclamo. El escritorio de ella también está cubierto por papeles. No hay pilas, solo está cubierto. Si Eddison le pidiera cualquier información específica, Ramírez la encontraría en menos de un minuto, y él nunca podrá entender cómo lo hace.

En la esquina, frente a sus escritorios que forman una «L», está el cubil de su compañero de alto rango, el supervisor y agente especial a cargo, Victor Hanoverian. Para disgusto y sorpresa de Eddison, todos los papeles en ese escritorio parecen resueltos, acomodados en carpetas de colores. Como líder de este intrépido trío, Vic tiene más tra-

bajo de oficina que cualquiera de ellos y, de algún modo, siempre logra terminarlo primero. Eddison supone que eso es lo que treinta años en la agencia provocan en una persona, pero es aterrador pensarlo.

Vuelve la vista a su propio escritorio, a la nueva pila de papeles, y masculla mientras toma los primeros. Tiene un sistema, uno que desconcierta a Ramírez tanto como el de ella lo perturba a él, y pese a la altura de la pila, no tarda mucho en trasladar los papeles a las columnas correctas al fondo de su escritorio, ordenadas tanto por tema como por prioridad. Están perfectamente alineadas con el borde y las orillas de la superficie, alternándose en horizontal y vertical dentro de cada pila.

—¿Alguna vez has hablado con un doctor sobre eso? — pregunta Ramírez.

—¿Alguna vez te han buscado las televisoras para hablar sobre lo tuyo?

Ella suelta una risita y vuelve a concentrarse en su escritorio. Sería lindo si, de vez en vez, Ramírez mordiera el anzuelo. Claro que no es imperturbable, pero es extrañamente inmune a las provocaciones.

—¿Dónde está Vic?

—Viene de tomar una declaración; Bliss pidió que estuviera presente.

Eddison se pregunta si debería señalar que, a tres meses y medio de haber rescatado a las sobrevivientes del Jardín en llamas, Ramírez sigue usando los nombres de las Mariposas, aquellos que el captor dio a sus víctimas.

Pero no lo hace. Tal vez ella lo sabe. Casi siempre, el trabajo es más sencillo si pueden acomodarlo todo ordenadamente en cajitas dentro de sus cabezas; las historias de las chicas antes de que las secuestraran son algo más difícil de integrar.

Debe ponerse a trabajar. Es día de papeleo, o cuando menos en gran parte, y en serio necesita desaparecer al menos una de esas pilas para el final de la jornada. Sus ojos

se posan sobre la colorida torre de carpetas que vive en la esquina posterior derecha de su escritorio y que año tras año ha ido creciendo con más carpetas pero sin respuestas. Esa pila nunca desaparece.

Se recarga en el respaldo de la silla y observa las dos fotografías enmarcadas sobre el archivero en el que guarda sus artículos de oficina y formatos en blanco. Una de ellas es de su hermana y él hace mucho tiempo, en Halloween, una de las últimas veces que la vio antes de que la secuestraran en la calle cuando iba a casa después de clases. Solo tenía ocho años. La lógica le dice que debe estar muerta. Han pasado veinte años, pero aún se detiene a mirar a cualquier mujer de veintitantos que se parezca a su hermana. La esperanza es una cosa voluble y extraña.

Pero, claro, Faith también era voluble y extraña cuando solo era su hermana y no una estadística más sobre niños perdidos.

La otra fotografía es más nueva, de hace apenas un par de años, un recuerdo del viaje más perturbador e inesperado que ha hecho y que no tenía que ver con el trabajo. Priya y su madre lo llevaron a una serie de extraños recorridos turísticos durante los más o menos seis meses que vivieron en Washington, D. C., pero aquel paseo fue como algo sacado de sus pesadillas. Ni siquiera sabe bien cómo terminaron en un campo lleno de enormes bustos de presidentes. Pero así fue y, en algún momento, él y Priya treparon a los hombros de Lincoln y señalaron hacia el enorme agujero en la parte posterior de la cabeza de la estatua. ¿Realista? Sí. ¿Intencional? A juzgar por lo maltratado de las demás figuras de seis metros de altura... no, realmente no. Hay otras fotos de ese día (bien guardadas en una caja de zapatos en un rincón de su clóset), pero esta es su favorita. No por el bastante perturbador busto de un presidente asesinado, sino porque es en la que Priya aparece con una sonrisa poco común en su rostro.

Eddison no conoció a la Priya que sonreía sin pensarlo. Esa Priya se hizo pedazos días antes de que él conociera a la chica que surgió de entre sus restos. La Priya que él conoce es cortante, hosca, y sus sonrisas son retadoras, atacan. Cualquier señal de delicadeza, de amabilidad, es algo accidental. Quizá su madre aún ve en ella algo tierno, pero nadie más, no desde que la hermana de Priya quedó reducida a fotografías y datos en una de las carpetas de colores en la esquina del escritorio de Eddison.

Está bastante seguro de que no hubiera podido ser amigo de la antigua Priya, aunque también le sorprende ser amigo de la actual. Ella solo debió ser la hermana de una víctima de asesinato, una chica a la cual entrevistar para luego sentir lástima por ella y nunca conocerla realmente, pero en los días que siguieron al homicidio de su hermana, Priya tenía tanta rabia: contra el asesino, contra su hermana, contra la policía y contra todo el jodido mundo. Eddison conoce muy bien ese tipo de rabia.

Y como está pensando en ella, como es día de papeleo tras una serie de días malos mientras luchan por contener a los medios respecto del caso de las Mariposas, Eddison saca su celular personal, le toma una fotografía a la imagen enmarcada y se la manda a Priya. No espera una respuesta; el reloj le informa que apenas son las nueve donde ella está y como no tiene que levantarse para ir a la escuela, probablemente sigue envuelta en sus cobijas como un burrito.

Pero un momento después, el teléfono vibra con una respuesta. La fotografía es una toma panorámica de un edificio de ladrillo rojo que debería ser imponente pero solo se ve presuntuoso, con una parte cubierta por celosías de metal oxidado que probablemente se llena de hiedra en los meses más cálidos. Por aquí y allá entre los ladrillos se ven algunas ventanas altas y estrechas de aire medieval.

¿Qué demonios?

Su teléfono vuelve a vibrar. «Esta es la escuela que casi me atrapa. Deberías ver sus uniformes».

«Sabía que solo tomabas clases en línea para poder quedarte en pijama todo el día».

«No SOLO por eso. ¿Sabías que el director protestó cuando mi mamá le explicó que no nos inscribiríamos? Le dijo que me hacía daño al dejarme apenas con una educación inferior».

Eddison hace un gesto de preocupación.

«Me imagino que eso no terminó muy bien».

«Supongo que está acostumbrado a mostrar su verga y obtener lo que quiere. Pero la verga de mi mamá es más impresionante».

Algo se posa sobre sus hombros y se sobresalta, pero solo es Ramírez. Su concepto de espacio personal es tremendamente distinto, dado que él sí tiene idea de cómo deberían ser las cosas. Pero en vez de discutir, y como eso nunca parece servir de nada, Eddison inclina la pantalla para que ella lea.

—Mostrar su... ¡Eddison! —Le da un golpe en la oreja con la suficiente fuerza para que sea doloroso—. ¿Tú le enseñaste eso?

—Ya casi tiene diecisiete años, Ramírez. Es muy capaz de ser vulgar sin ayuda de nadie.

—Eres una mala influencia.

—¿Qué tal que ella es la mala influencia?

—¿Quién es el adulto?

—Claramente, ninguno de ustedes dos —señala una nueva voz.

Ambos hacen un gesto de pena.

Pero Vic no les recuerda que no está permitido sacar los celulares personales en horas de trabajo ni que hay otras cosas que deberían estar haciendo. Solo pasa junto a ellos, rodeado por un aroma a café fresco, y grita sin voltear: «Salúdenme a Priya».

Rápidamente, Eddison cumple con la orden y escribe mientras Ramírez vuelve a su escritorio. La pronta respuesta de Priya lo hace reír.

«Awww, ¿te regañaron?».

«Mejor dime qué haces despierta».

«Caminar por ahí. El clima al fin mejoró».

«¿No hace frío?».

«Sí, pero ya no está nevando ni cae aguanieve u otras mierdas congeladas del cielo. Solo veo qué hay por aquí».

«Llámame más tarde para contarme qué hay».

Espera la respuesta y luego guarda el teléfono en el cajón junto a su arma, su placa y todas las otras cosas con las que tiene prohibido jugar cuando está en su escritorio. En ese maldito flujo casi infinito de horrores que es su trabajo, Priya es una arisca chispa de vida.

Eddison lleva tiempo suficiente en la agencia como para agradecer eso.

En Huntington, Colorado, hace un frío terrible en febrero. Aunque traiga capas de ropa suficientes para sentirme tres veces de mi tamaño, el frío logra colarse entre las telas. Tenemos aquí una semana y este es el primer día en que el clima ha sido decente para explorar.

Hasta ahora, se parece a cualquiera de los lugares en los que hemos vivido en los últimos cuatro años. La compañía de mamá nos lleva por todo el país para que ella les resuelva emergencias, y en tres meses nos iremos de aquí, quizá para por fin quedarnos mientras ella se encarga del área de Recursos Humanos en la filial de París. Tal vez lo de Francia no sea algo definitivo, pero creo que a ambas nos gustaría que así fuera. «Priya en París» suena adorable. Mientras tanto, Huntington está tan cerca de Denver que mamá puede ir y venir cómodamente, y al mismo tiempo está tan lejos que se siente más como una comunidad que como una ciudad, de acuerdo con el agente de la compañía que nos recibió en la casa cuando llegamos.

Tras cinco días de aguanieve, nevó todo el fin de semana; las áreas verdes quedaron cubiertas de blanco y las ori-

llas asquerosamente grises. Hay pocas cosas más feas que la nieve paleada. Pero las calles están libres y todas las aceras, teñidas de azul por la sal. Se siente como si caminaras sobre los restos de una matanza de pitufos.

Metó las manos en los bolsillos del abrigo mientras camino, en parte para tener más calor que el de los guantes y en parte para evitar que mis dedos anhelan una mejor cámara que la del teléfono. Dejé mi cámara buena en la casa, pero Huntington es un poco más interesante de lo que esperaba.

Al pasar la primaria más cercana, veo un refugio invernal para las ardillas a un costado del patio; básicamente es un gallinero extravagante pintado de rojo brillante. Hay un agujero en la parte de abajo para que puedan entrar y salir, y el parpadeo de una luz roja evidencia una cámara en su interior que debe hacer que los niños de la escuela puedan observar a los roedores durante el invierno. En este momento, unas cuantas duermen tranquilamente en lo que parecen ser unas telas semirrrotas y aserrín. Sí, obviamente me asomé. Es un refugio de ardillas.

A menos de dos kilómetros hay un terreno baldío pasando una intersección, demasiado pequeño para ser un parque, pero con un hermoso quiosco de hierro forjado en el centro. O algo así como un quiosco pues no tiene piso, solamente los postes enterrados en la tierra congelada, y aunque el metal es macizo, los soportes están detalladamente decorados en sus uniones y el techo, que es casi una cúpula bulbosa, se ve elegante y delicado. Es como si fuera una capilla de bodas al aire libre, aunque rodeada de lugares de comida rápida y la solitaria oficina de un optometrista.

Para volver a casa por el camino más largo, tengo que cruzar una intersección de siete calles, la mitad de ellas de un solo sentido y con todos los señalamientos apuntando en la dirección incorrecta. No hay ni un coche a la vista en ninguna de las siete calles. Claro que apenas son las once y

media de la mañana y la mayoría de la gente está en la escuela o en el trabajo, pero tengo la sensación de que esta intersección solo la toman los conductores que se han resignado a la inevitable certidumbre de la muerte y la destrucción.

Tomo fotos de todo, aunque seguramente saldrán horribles con mi teléfono, porque tomar fotos es lo que hago. De algún modo el mundo parece un lugar menos aterrador si puedo poner el lente de una cámara entre todo lo demás y yo. Pero más que nada tomo fotos por Chavi, para que ella pueda ver lo que yo veo.

Chavi lleva casi cinco años muerta.

Yo sigo tomando fotografías.

La muerte de Chavi fue la razón por la que conocí a mis agentes del FBI; Eddison, Mercedes y Vic son míos de una forma significativa. Ella debió ser solo un caso más, mi hermana mayor debió ser tan solo una chica asesinada en un archivo, pero ellos me siguieron la pista. Tarjetas, e-mails y llamadas, y en algún momento dejé de resentir que me recordaran la muerte de Chavi y me sentí agradecida de que, mientras nos mudábamos de un sitio a otro, yo siguiera teniendo a mi extraño grupo de amigos en Quántico.

Paso junto a la biblioteca que más bien parece una catedral, con todo y vitrales y un campanario, y junto a una licorería entre despachos de abogados especializados en infracciones vehiculares por conducir ebrio. Un poco más adelante hay una plaza anclada de un lado por un enorme gimnasio abierto las veinticuatro horas y una guardería vespertina al otro extremo; entre ellos hay siete tipos diferentes de comida rápida. Por extraño que parezca, eso es algo que me gusta, la contradicción y el caos, la conciencia de que nuestras intenciones tienden a irse a la mierda y nuestros vicios siempre están ahí, esperándonos.

Una plaza más grande, de dos pisos y con una decoración mucho más elaborada de la que debería tener cualquier centro comercial, alberga lo que debe ser el super-